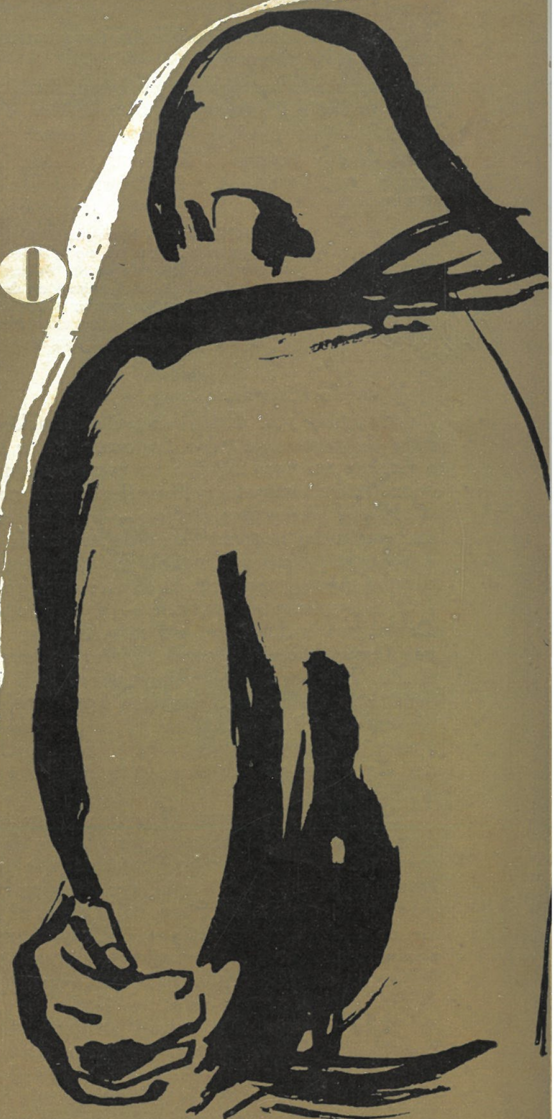
...es Mi palabra la que incita y no la tuya

diálogo y espera



CARTAS Y UN DIARIO

Julio 1957

es Mi vida la que transforma y no la tuya

«Diálogo y espera. *Cartas y un diario» es una nueva publicación del Seminario de Barcelona.*

Nuestra vida pasa desconocida para muchos. Por esto intentamos darla a conocer sencilla pero dignamente.

Los universitarios, los alumnos del curso preuniversitario y las personas formadas comprenderán fácilmente la vida de dos jóvenes amigos: Ricardo y Ramón.
Este Boletín reproduce la portada y unos fragmentos.

(«Diálogo y espera». Precio 12 pesetas. De venta en Seminario Conciliar, Diputación, 231, Barcelona, y librerías.)

Mayo

RAMÓN está haciendo uno de los últimos cursos en el Seminario. Cada mes escribe a Ricardo: no quiere que se rompa su ya larga amistad. De Ramón escribirá Ricardo en su diario: «Veo en ti al mismo de antes, pero más maduro, y adivino en ti al mismo de después aunque más verde. Un hombre y un amigo en quien poder confiar siempre; un hombre y un amigo hecho del mismo barro que yo y que vive en el mismo tiempo y sobre la misma tierra. Y que también sabe hablar el mismo lenguaje que yo». No podría decirse nada mejor.

Querido Ricardo:

Anochece ya. Estoy en mi habitación, con la ventana abierta respirando un poco de primavera. ¿No te parece que a la primavera hemos de abrirle las puertas y hacerle un poco de sitio en nuestro hogar? No podemos despreciar lo que nuestro buen Padre, amoroso y lleno de ternura nos ofrece.

Ahora pienso que el cielo — el cielo es nuestro hogar, nuestra patria, es aquello que cantan los negros: "He oído hablar de esta ciudad llamada cielo y he comenzado a hacer del cielo mi hogar". El cielo, pues, es como una primavera eterna y total, siempre nueva y naciente. Y ésta de aquí, comparada con la de allí, es nada.

Las ventanas de enfrente — al otro lado de la terraza — se han ido iluminando. Dentro veo a Salvador, a Pedro, a Jorge, a Juan estudiando. Pero pronto el timbre nos llamará para el Rosario. María nos espera para hablar un poco, ahora que acaba el día. Ella ha ido siguiendo atenta todo nuestro día. Nos ha visto, como siempre, demasiado distraídos, demasiado superficiales, demasiado egoístas. Quizás alguna vez ha sonreído: cuando alguno ha reconocido que seguía siendo muy pequeño o cuando alguno ha puesto la mano en el hombro de algún compañero. Pero ahora, al final del día, todos nos sentamos a su alrededor y la miramos atentamente. Ella: ¿sonríe o llora?

Hay que ser fuerte. Hay que coger el hacha y abrise paso y avanzar. ¿Nos vamos a quedar parados a cuatro pasos de la salida? A derecha y a izquierda hay hermosos caminos abiertos; enfrente sólo selva total, donde, por más esfuerzos que hagamos, siempre nos parece que estamos en el mismo sitio. Pero hay que ser fuerte y creer. Y confiar. El Papa en su carta al clero nos lo decía: "Cuando experimentéis de un modo especial cuán difícil es avanzar por el arduo camino de la santidad y cumplir debidamente los ministerios a vosotros confiados, levantad los ojos y el corazón llenos de confianza a aquella que, siendo Madre del Eterno Sacerdote, es también Madre llena de amor hacia vosotros".

Ayer — era el día mensual de excursión — en uno de estos pueblos más o menos pequeños y olvidados, estuve un rato hablando con el párroco. Y luego en el tren durante el semi-letargo de la vuelta, pensaba lo difícil que sería para muchos jóvenes — para la mayoría de los que fueron mis compañeros — el "entusiasmarles" con este ideal: toda una vida casi solo en un pueblo pequeño, al cuidado de unos pocos cristianos.

Es fácil — supongo — "entusiasmar" con las misiones o con sueños de grandes predicaciones y aun con un futuro apostolado obrero o universitario. Pero quizás sea más difícil comprender la inmensa sublimidad — inmensa sublimidad — de esta vida paciente y constante, de esta misa cotidiana sin casi oyentes pero de una eficacia impensable, de estos sacramentos que — poco a poco — llevan a cada cristiano desde el pecado al cielo, de estos sermones dominicales muy parecidos unos a otros, de esta presencia vigilante, amorosa, redentora.

...pero yo tengo necesidad de ti, para continuar salvando al mundo.

Pensaba que este "ideal" no tenía mucha fuerza "publicitaria" en vistas a conseguir vocaciones. Pero lo que sí tiene es mucha fuerza evangélica, cristiana.

En fin, querido Ricardo, espero que nos nos falte tu ayuda. Yo me acuerdo de ti. Y perdona esta carta demasiado confusa. Adios. Tuyo,

RAMÓN

RICARDO está haciendo uno de los últimos cursos de no sé qué carrera. Lee mucho, piensa bastante y le gusta escribir. Quizá por todas estas razones lleva, a rachas, un diario. Quizá también para decirse a sí mismo lo que no sabe si debe decir o no a los demás. Porque Ricardo tiene el prurito — si es que eso es prurito — de la honradez intelectual.

27 *abril*

Observaciones contradictorias

Una, bastante general. Los curas, vistos de lejos, tan negros, tan distintos, más bien suelen desagradar. De cerca, en cambio, se reconoce la calidad humana que cada uno tenga. "¡Si todos fueran como usted!", "Si todos fueran como éste!" Y esto se oye decir de uno, y de otro, y de otro...

Segunda observación. Oyeron hablar de él, o le oyeron hablar a él y les gustó tantísimo... Luego le trataron un poco y se les cayó el alma a los pies.

He pensado en cómo podían compaginarse tales observaciones.

Y he llegado a esta conclusión: que, en el fondo, en ambos casos ocurre lo mismo. Que descubren que el cura, tal cura, es un hombre. En el primer caso — en el primer ambiente — le tenían por un ser extraño, por una especie de demonio negro, y descubren con agrado que era un hombre. En el segundo caso — y ambiente — pensaban que era un ángel y descubrieron que no, que era como otro cualquiera, un hombre.

El sacerdote es un hombre. He aquí la extraña comprobación que siempre nos sorprende.

¿Por qué?

15 *junio*

Esta mañana, al terminar un examen — el penúltimo —, he salido de la Universidad, bajo el sol mezclado y bullicioso de junio, y me he puesto a pasear. Y como estos días uno acaba por coger el tranquillo del trabajo, resulta que me he puesto a pasear con todos los sentidos en tensión, como si estuviera trabajando. Me parecía que *pasaba gente* con la mirada inquisitiva y despierta de quien *pasa páginas*.

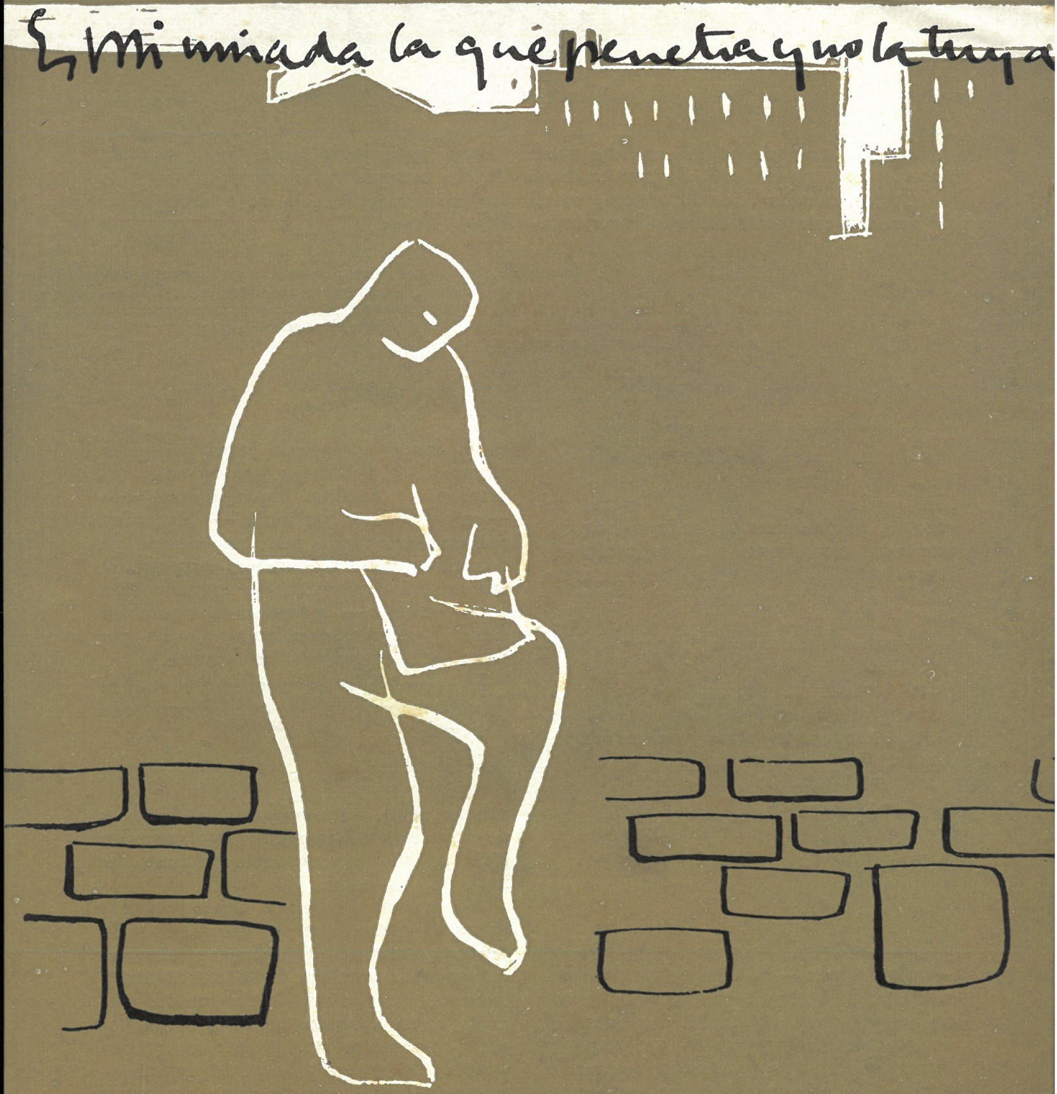
Hay días — mañanas sobre todo — en que es fácil querer a la gente, contemplarla con irónica ternura, como a veces me parece que debe de mirarnos Dios. Y el sol, los árboles, el asfalto, los coches, las muchachas en flor, los conserjes vejetes y menudos, las gordas amas de casa con sus cestas y sus verduras, los hombres de negocios, los botones y los traviarios, todo y todos éramos esta mañana las notas de un himno.

Me parecía que había dolor y triunfo en aquel himno, como en las voces de la novena sinfonía. Y además había la inalcanzable sencillez de lo espontáneo y cotidiano y colectivo. Y he pensado que si yo fuera Dios ese himno me complacería indeciblemente, y que es verdad aquello de que las criaturas cantan la gloria de Dios, y me he dicho que andar por la calle es un acto ritual y en el fondo religioso.

Pero todo esto necesita hombres que lo comprendan, que lo abracen y que lo ofrezcan. El pan y el vino de nuestra vida diaria y terrestre están pidiendo a gritos hombres que los transformen en comunión con Dios. Necesitamos, a nuestro lado, hermanos que nos presten este servicio.

Esto pensaba esta mañana.

INTENCIÓN: «Para que haya sacerdotes santos que ofrezcan el Santo Sacrificio, bauticen, nos bendigan y con su palabra nos guíen.»



dos amigos escriben

BOLETIN DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES
SUPLEMENTO DEL B. O. DEL OBISPADO
BARCELONA